

AGENDA CIUDADANA

OTEANDO EL HORIZONTE RUMBO AL 2006.

Lorenzo Meyer

Hace Tiempo que la Batalla Empezó.- Si las condiciones de las principales variables políticas y económicas se mantienen más o menos en el curso que hoy llevan, entonces la ficha más segura de quien apueste al juego político del 2006, es la del PRI. Perspectiva tan poco atractiva para quienes desean y trabajan por la consolidación de la democracia mexicana se explicaría menos por las virtudes del viejo partido de Estado que por los errores y defectos de sus adversarios –desde el presidente de la República y su partido hasta el PRD— y de la propia sociedad mexicana, una sociedad que está lejos de haberse sacudido las bien arraigadas características autoritarias de su cultura cívica. Ahora bien, como las condiciones de las principales variables pueden cambiar en el tiempo que falta para nuestro próximo gran encuentro con las urnas, la moneda sigue en el aire.

Desde hace tiempo las brújulas de todos los grandes actores políticos mexicanos – líderes, partidos, organizaciones sindicales y patronales, grupos de interés, iglesias, etcétera— se orientan en función de un norte: la gran disputa por el poder del 2006. Cada movimiento político significativo en nuestro país --elección, debates y votaciones en el Congreso, cambios en las áreas de dirección del gobierno, en los partidos, sindicatos e incluso organizaciones empresariales-- está ya determinado parcial o totalmente, por las luchas y posicionamientos que tienen lugar en relación a la que será la primera elección presidencial que tendrá lugar entre nosotros en lo que puede llamarse la “normalidad democrática”. Se trata, desde luego, de una normalidad aún precaria, pues su historia apenas acaba de empezar y no ha terminado de cortar muchas de las amarras que todavía

la mantiene ligada con el régimen del que se desprendió tras un largo y accidentado proceso que culminó con la derrota presidencial del PRI en el año 2000.

La elección nacional que está por venir, aún tan distante en el tiempo pero ya tan cercana como explicación de lo que ocurre en el aquí y ahora, se puede calificar, sin exageración, como la primera gran batalla por la consolidación de la democracia. Es verdad que hasta el momento no pareciera que está en juego la democracia misma, sino apenas el posible retorno del PRI a la presidencia, pero desafortunadamente se trata de un partido hecho para funcionar de manera óptima en un medio no democrático. En fin, aunque no es la naturaleza misma del régimen lo que va a estar en juego en el 2006, si lo estarán el carácter y la calidad de la democracia que se va a consolidar, lo que no es poco.

Las posibles vías de arraigo del nuevo régimen democrático mexicano no son muchas pero según se desprende de experiencias recientes en países que nos precedieron en la experiencia, hay unas mejores que otras. Cada historia del tránsito de las reglas autoritarias a las democráticas nos puede ayudar a orientarnos en los peligros y posibilidades de la gran aventura política en la que nos acabamos de embarcar. La ruta española es de las más atractivas. Se trata de una donde una vez echado a andar el proceso de cambio con la muerte del “Caudillo de España por la Gracia de Dios”, con esfuerzo e inteligencia y corriendo riesgos –en especial ante las posibles reacciones adversas del ejército--, se pudo llegar a un gran acuerdo entre los actores principales para superar sus diferencias históricas –la profunda y natural desconfianza entre izquierdas y derechas--, elaborar una nueva estructura institucional --la constitución democrática— y conseguir el apoyo político y económico de fuerzas externas –en particular las de la Europa democrática y en proceso de unificación-- para caminar muy rápido en el diseño e implementación de políticas concretas exitosas que legitimaron y solidificaron los cimientos del nuevo régimen.

Ejemplo distinto y contrastante es el caso ruso. Ahí el proceso ha resultado más accidentado, quizá porque el peso del pasado autoritario ha sido mucho mayor y no se le ha podido neutralizar de manera efectiva. La nueva estructura institucional no ha funcionado bien, los problemas económicos creados por el cambio del modelo socialista al de mercado han sido enormes y la desigualdad social se ha acentuado notablemente. Hoy en Rusia el antiguo partido comunista es apenas una sombra de lo que fue, sin embargo, el poder se ha concentrando peligrosamente en manos de un presidente con vocación autoritaria y que se formó en la escuela de los servicios secretos soviéticos. Por la puerta trasera ha retornado al Kremlin un antiguo *aparatchiki*, y sí bien el viejo proyecto bolchevique ya dejó de existir, no así el espíritu con el que ejerció el poder.

La ciencia política deja mucho que desear en tanto ciencia pues no puede hacer lo que se supone debería: predecir. En efecto, hoy podemos analizar las variables que determinan la velocidad y el rumbo de nuestra marcha hacia el 2006, pero no hay forma de asegurar que esas variables van a permanecer inalterables en el año y medio por venir o en que sentido se van a modificar. Sin embargo, para otear el futuro hay que partir de lo que hoy podemos constatar, y es justamente las condiciones de ese punto de partida lo que lleva a temer el retorno del PRI a “Los Pinos”.

La Presidencia de Vicente Fox.- Una variable importante, quizá la determinante, que en este momento permite señalar que hay una alta probabilidad de tener un presidente priísta en el 2006, es el fracaso relativo de la actual presidencia no priísta.

En la obra que acaban de publicar Alfonso Zárate y sus colegas Cosme Ornelas y Roberto Hernández --Fox: los días perdidos, (Océano, 2004)--, se hace un recuento a la vez que un análisis de la primera mitad del primer sexenio democrático. Su conclusión es pesimista y se puede resumir de la siguiente manera. La enorme dificultad del cambio de

régimen iniciado en el 2000 tiene, como lado positivo, el “que no devino en catástrofe” pues los conflictos graves –la marcha zapatista o la protesta en Atenco, por ejemplo— se atendieron con prudencia y las perturbaciones del entorno mundial –la pérdida de dinamismo de la economía norteamericana o los múltiples efectos del ataque terrorista del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos-- se afrontaron con mesura. Las tendencias al populismo de derecha del foxismo se han visto neutralizadas por su conservadurismo fiscal. Sin embargo, el lado negativo o deficitario es considerable: las inercias le ganaron en toda la línea al cambio prometido: el problema de la rebelión indígena se mantiene latente, las reformas del Estado, de la hacienda pública, de la legislación laboral, de la educación, de la relación con Estados Unidos, han desembocado en muy poco o de plano en la nada. La lucha contra la pobreza y los abusos del pasado han dado resultados magros pero han sido aún menores los del supuesto ataque a la corrupción, al punto que hoy domina la visión de que este mal endémico ha avanzado en vez de disminuir (véase la encuesta aparecida en Reforma, 8 de agosto). En fin, el cambio apenas si logró un triunfo más o menos claro en su asalto a la ciudadela donde se había hecho fuerte la añeja falta de información y transparencia de la gestión gubernamental y nada más.

En vista de lo anterior, el capital político acumulado a lo largo de los tres decenios que duró la prolongada transición mexicana, se dilapidó en los tres primeros años del primer gobierno del nuevo régimen porque el presidente y su grupo de colaboradores, los miembros del gabinete, surgidos básicamente del mundo empresarial, no supieron dar forma a un verdadero proyecto nacional, a un programa sexenal y ni siquiera a un diseño estratégico que les permitiera impulsar con éxito algunas de las principales propuestas del ejecutivo en una coyuntura donde había desaparecido la tradicional mayoría presidencial en el Congreso. Así pues, el fracaso relativo de Fox y del foxismo en el arranque del proceso

de consolidación democrática ha resultado ser el principal factor que ha abierto las puertas del retorno al PRI; el principal, pero no el único.

El Partido Acción Nacional.- En principio y tras 61 años de lucha por la democracia, el PAN finalmente logró instalar a su candidato en la casa presidencial, pero no logró el dominio del Congreso para apoyarlo. Además, desde el inicio el presidente Fox y la oligarquía que controla al PAN no pudieron llegar a un acuerdo de fondo para desarrollar un verdadero trabajo en equipo. Desde la campaña, los panistas tradicionales se propusieron no entregar su partido a un “panista nuevo” como era Fox y éste, por su parte, armó una especie de partido propio en la sombra –los “Amigos de Fox”— y luego pidió al PAN independencia para formar su propio equipo de gobierno, lo que efectivamente sucedió. El resultado fue una notable falta de sintonía entre el presidente y su partido simbolizada no sólo por la ausencia de panistas en el gabinete sino por la distancia entre Vicente Fox y Diego Fernández de Cevallos –el *factotum* del PAN--, y más tarde por el choque entre las abiertas y escandalosas aspiraciones presidenciales de la flamante esposa del presidente, Martha Sahagún de Fox --otra “panista nueva”-- y la dirigencia del PAN.

La distancia entre el grupo blanquiazul en el Congreso y “Los Pinos”, abrió un espacio para la cercanía y negociación de la presidencia con una fracción del PRI, la de Elba Esther Gordillo, aunque en su momento Roberto Madrazo también fue invitado a “Los Pinos” para supuestamente iniciar el “cogobierno” del cambio. Por otra parte, la falta de penetración de la maquinaria panista en los sectores populares –donde están la mayoría de los mexicanos--, la difusión de los casos de corrupción abierta de alcaldes panistas –Ecatepec, por ejemplo--, la incompetencia y sospecha de corrupción de gobernadores panistas –el caso de Morelos no es el único—, llevaron a que el partido blanquiazul fuera de mal en peor en las urnas. Esa caída electoral del PAN tuvo su último y más simbólico

episodio en la pérdida de la alcaldía panista de Tijuana a manos de un priísta –Jorge Hank Rhon-- que es la encarnación misma de todo contra lo cual el PAN ha luchado desde su fundación, a la vez que resultó un apoyo extraordinario para el proyecto del PRI encabezado por Roberto Madrazo de cara al 2006.

La Izquierda.- El PRD ha sido incapaz de construir una alternativa tanto frente a la derecha priísta como a la panista. La mediocridad de una buena parte de sus dirigencias, pero sobre todo su abierto oportunismo –la incorporación sistemática de priístas marginados--, su corrupción –desde los fraudes en las elecciones internas a los videoescándalos en el gobierno del D.F., al intento de mantener por la vía de la sucesión matrimonial un control transexenal del gobierno de Tlaxcala— le han impedido el avance electoral. El PRD sigue siendo el partido del 16% nacional, aunque en una amplia parte de la geografía mexicana, especialmente en el norte, simplemente no ha tenido siquiera la capacidad de implantarse. Por otro lado, la evidente determinación del gobierno federal por desaforar primero para luego inhabilitar al único candidato presidencial perredista con posibilidades reales de triunfo –el jefe de gobierno de la capital, Andrés Manuel López Obrador— ha dejado en suspenso la posibilidad de que el PRD pueda enfrentar con un candidato fuerte y con una auténtica movilización del voto popular, a la vieja pero eficiente maquinaria electoral priísta en el 2006.

La Incertidumbre. Si en el 2006 el desilusionado electorado nacional, se comporta como en el 2003 o peor aún, como el de Oaxaca o Tijuana en el 2004 –en esta última un 70% abandona las urnas y el 30% restante se divide al punto que una auténtica minoría del orden del 16% o 17%, alimentada por un derroche de recursos, se puede alzar con la victoria--, entonces lo más probable es que se de la recuperación de la presidencia por el PRI; un PRI –el de Roberto Madrazo— que no ha cambiado. Afortunadamente la política

está llena de incertidumbres y el escenario aquí pintado puede modificarse; confiemos en que así sea, pero para ello se requiere un cambio político en la presidencia y en el PRD y que la ciudadanía retorne a las urnas para dar la nueva batalla: la de la consolidación democrática mexicana.